



Luces y sombras de la lectura en voz alta¹



Experto en lectura y escritura, y en la Didáctica de ambas materias, Daniel Cassany es autor de numerosas publicaciones de referencia y participante asiduo en actividades de formación del profesorado (últimamente, en Cantabria hemos disfrutado en varias ocasiones de sus estimulantes intervenciones). En el siguiente artículo aborda una práctica tan extendida en las aulas de todos los niveles educativos como es la lectura en voz alta. A partir de su experiencia personal y profesional, formula un análisis ameno, provocador y fundamentado, una constante en sus textos y conferencias, que suscitará en el lector docente nuevas perspectivas acerca de su trabajo.

No hace mucho me invitaron a escribir sobre “Leer en voz alta”. Rechacé la propuesta de inmediato. Obviamente, la invitación era para hablar bien... y yo sólo tenía críticas y desencuentros. Creía. Me sorprendí a mí mismo con esta actitud. Entonces empecé a recuperar recuerdos de mi infancia y a reflexionar desde mi perspectiva profesional. ¿Por qué no me gustaba? ¿De dónde venía esta actitud? Entre los malos recuerdos había momentos brillantes y situaciones provechosas. Este artículo es el resultado de mi

Autor

Daniel Cassany
Universitat Pompeu
Fabra (Barcelona).

¹ Una primera versión de este artículo, que abarca solo el primer apartado, se publicó en la gaceta *Entre lectores*, en México, en 2007. Esta versión añade los apartados con las reflexiones y lo escribí para *Peonza. Revista de Literatura Infantil y Juvenil*, de Santander (España).

“psicoanálisis” lector: mis colegas leyeron y mejoraron con sus experiencias un primer borrador. Empezamos por algunos recuerdos y vayamos después a las reflexiones.

Recuerdos

Ustedes compartirán, sin duda, muchas de estas situaciones:

1. Aprendí a leer oralizando escritos. Eran fragmentos de libros de texto. Leíamos en clase, en rondo, sentados cada uno en su pupitre, con el libro abierto y el maestro dirigiendo la tarea. Cada niño decía una oración. Teníamos que pronunciarla correctamente: con el acento tónico idóneo, sin atascarse, sin saltarse ni repetir palabras o sílabas, sin inventarse nada, con la entonación apropiada, con fluidez y naturalidad... ¡Qué difícil! El maestro nos corregía mucho. Lo hacía ante todos, varias veces, insistiendo hasta lograr la pronunciación correcta. Yo estaba aterrorizado: todos se reían de los más torpes. ¡Qué angustia!

Pero no era tonto: calculaba con antelación qué turno me tocaría y qué frase; la ensayaba en silencio, moviendo los labios, mientras les tocaba a mis compañeros y no salía tan mal... ¿Que si escuchaba a mis compañeros? ¿Si seguía el texto? ¿Si lo comprendía? ¿Para qué? Lo importante era no hacer el ridículo...

A veces había preguntas para responder. Al final. Bastante simples. No importaba si no habías entendido nada, porque había tiempo para releer el texto y responderlas. A menudo bastaba con copiar algunas expresiones. Podías hacerlo incluso sin entenderlas.

2. A veces, por la tarde, el maestro leía en voz alta fragmentos de literatura clásica. Era un cura de pueblo y estábamos en una escuela progre -aunque religiosa-. Era a principios de los setenta. Sin duda, leernos en catalán fragmentos de las conquistas medievales del gran rey En Jaume (Jaime I) constituía una reivindicación antifranquista. Pero nosotros no nos enterábamos, teniendo en cuenta el catalán medieval del original y nuestro escaso conocimiento del tema.

Por supuesto, el cura leía muy bien: de pie, frente a la clase, moviendo las caderas al ritmo del texto, mirando alternativamente al libro y a nosotros, proyectando su chorro de voz. En los diálogos simulaba con diferente tono cada personaje. Pocas veces se equivocaba. Pero ¡qué aburrimiento!

3. También hacíamos muchos dictados en la clase de lengua. Los maestros -en plural, porque todos hicieron lo mismo- leían frag-

mentos de obras literarias que nosotros anotábamos en el cuaderno. Se dictaban frase por frase, varias veces, poco a poco. Exigíamos que se dictaran también la puntuación y que se explicaran las palabras difíciles. Lo peor era cuando alguien tenía que escribir en el pizarrón: todos escondíamos la mirada en el suelo o en el techo para evitar ser el elegido... No importaba mucho el texto, ni su lectura en voz alta, ni su significado. Lo relevante era no cometer faltas de ortografía, por supuesto.

4. Al dejar de ser alumno y pasar a ser maestro, cambió la perspectiva y la significación de la lectura. La vida escolar ofrece situaciones de todo tipo. Primero, estoy en mi despacho corrigiendo redacciones de mis alumnos y me encallo en un fragmento incomprendible. Lo releo varias veces pero sigo sin entenderlo, hasta que le pongo voz y los sonidos me arrastran hacia una entonación coloquial que me descubre la sintaxis hablada del fragmento. Luego, estoy con Juanito en clase leyendo el libro de texto, que le resulta indescifrable. Pese a las relecturas atentas, la cara del chico sigue mostrando incompreensión, hasta que se ilumina cuando oye mi voz que pronuncia las palabras, con el ritmo adecuado. Tercero, al revisar una carta comprometida para unos padres, mi fino oído descubre una cacofonía molesta o una repetición innecesaria donde mi ojo no había visto nada. La oralización actúa a menudo como mediadora del sentido y la belleza en la prosa.

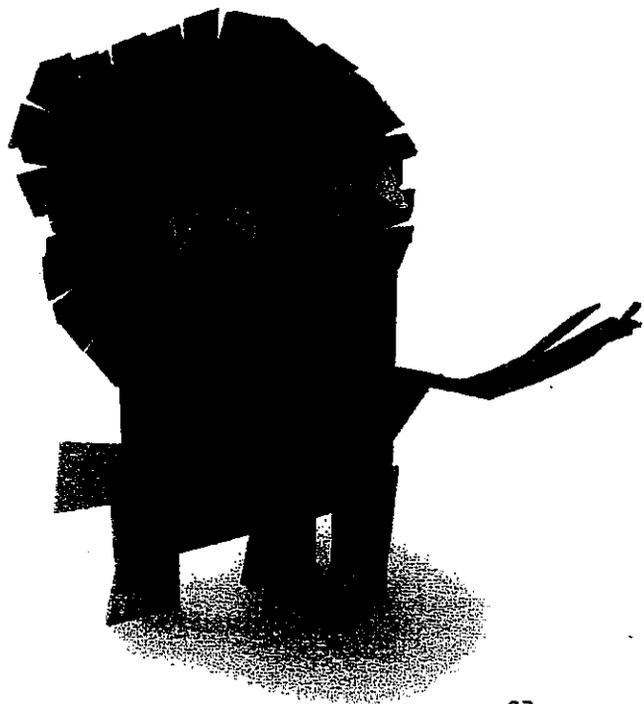
5. Luego fui padre, tío, cuidador... De pronto, me encontré leyendo cuentos en voz alta a mis ahijados, antes de acostarse. ¡Eran tan pequeños! No sabían leer, pero ya poseían libros. No podían procesar las letras, pero les sobraba curiosidad para comprender. Yo les comentaba la portada, el título, los colores, los dibujos... y les hacía preguntas. Cultivaba su complicidad y su motivación con el diálogo, con mis preguntas insistentes. Leía cada fragmento como si fuera un actor en el escenario, marcando los silencios, esperando sus risas, una onomatopeya o unas carcajadas. Me escuchaban en silencio, atentos, activos, inquietos, durante mucho rato, mirándome a mí y a las ilustraciones, pero también siguiendo las letras...

6. También soy ciudadano. Leo y escucho textos en voz alta en muchos lugares, para hacer varias cosas. En reuniones de trabajo, al examinar documentos, algún colega lee lo que debemos analizar, los fragmentos más

✂ **Crea tu circo**

Il: Isidro Ferrer

Imaginarium 2001



importantes, los delicados... Los leemos varias veces, como para dar sentido a aquellas letras. En la iglesia escucho las escrituras sagradas que después glosa el sacerdote. En los funerales, sigo con emoción contenida las palabras cargadas de sentimiento de los familiares... Asisto a actos de lectura poética y dramática, me regocijo con una metáfora inusitada o una comparación curiosa...

Es emocionante estar allí, juntos, muchos, iguales, en silencio, unidos por una voz que interpreta para todos el texto, el sentido, el universo... que reproduce una vieja ceremonia de comunión con la palabra. Por momentos, leer pierde su soledad, su silencio; adquiere una fuerza inaudita, intensa, penetrante.

Así fue como aprendí a leer, de pequeño. ¿O debería decir que fue *pese a todo eso*? Y así es como leo hoy en día en voz alta. Así es también como trabajo, también leyendo. Veamos ahora algunas particularidades de las situaciones anteriores.

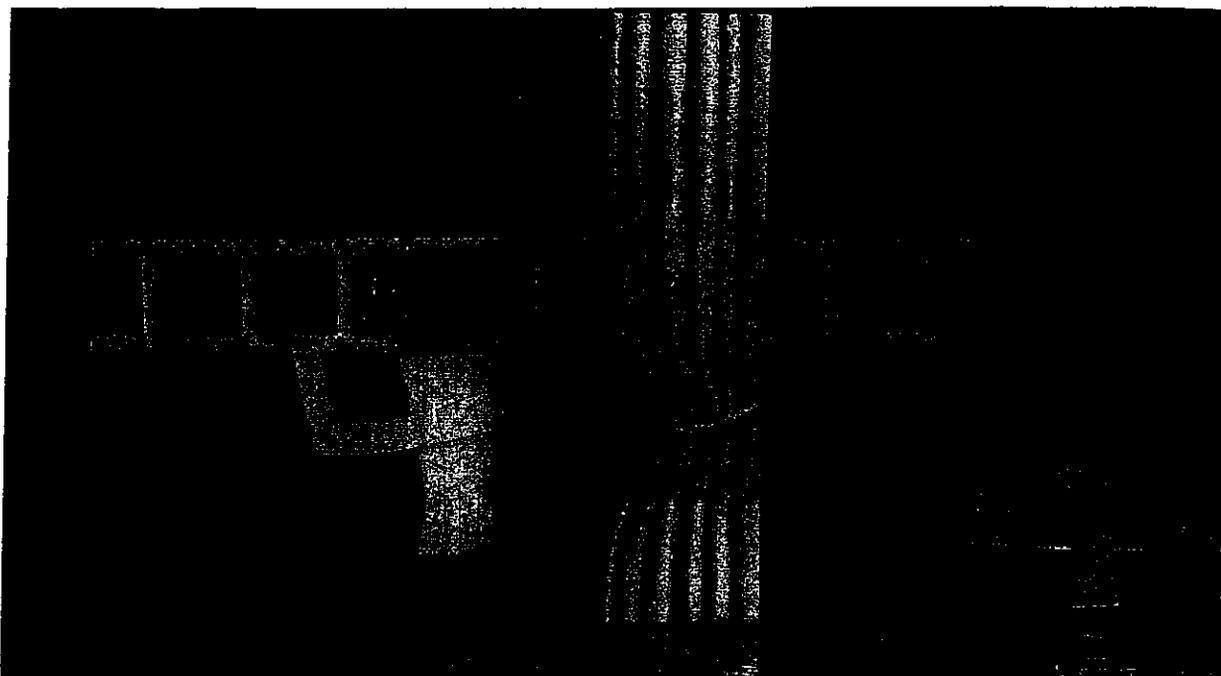
¿Oralizar para aprender a leer?

Me atrevería a decir que la primera situación es muy familiar para los españoles de más de 20 años. ¿Quizá también para los hispanos de otros lugares? ¿Alguien no aprendió a leer así? Mejor dicho: ¿a alguien le enseñaron a leer de otro modo? Porque aprender... se hace de muchas maneras, claro.

Quizá la prueba más contundente de que ésta ha sido una de las prácticas escolares más corrientes es que la mayoría seguimos siendo incapaces de leer sin vocalizar o subvocalizar. Sí, sí, me estoy refiriendo a esos movimientos leves e involuntarios de la lengua, de los labios, mientras estamos leyendo un escrito, solos, en casa... ¡a los 40 años!

Para algunos leer en voz alta fue algo traumático. Para muchos niños y chicos es la primera vez que "suben al escenario", o sea, que se plantan ante una audiencia de decenas de personas, con los miedos y las angustias que esto supone. La hija de una amiga no pudo dormir el día anterior a su "lectura". Un colega se quedó mudo y tartamudeó, por lo que sus compañeros le pusieron *Porky* de apodo y arrastró este mote durante largo tiempo, ¡que crueldad la infantil! También está el cambio de voz de la pubertad, que causa estridencias inesperadas e hilarantes cuando los chicos lectores quizá esperaban impresionar a las chicas...

Todavía hay más. En muchas escuelas de Venezuela, Colombia, Argentina, España y otros países leer en voz alta fue una forma de castigo escolar (¿quizá hubiera debido escribir es en vez de fue?).



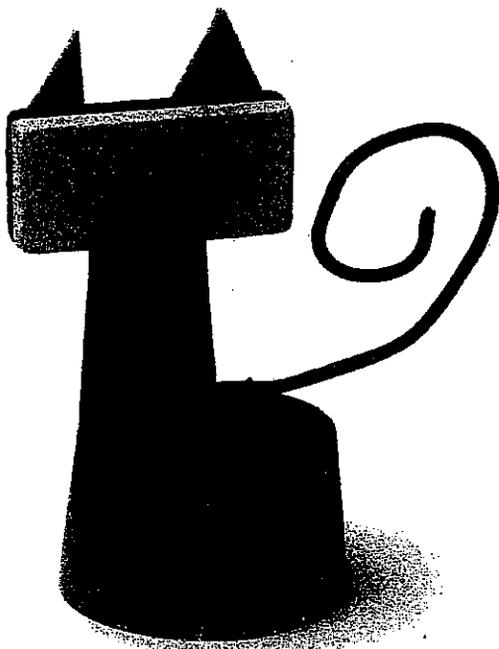
Cuando una clase o un grupo de alumnos se portan mal, se les castiga con sesiones de lectura en voz alta. Quizá, en el fondo, los docentes tengan buenas intenciones, pero es indiscutible que esta práctica acaba transmitiendo valores perversos sobre la lectura.

⤴ **Libro de
las preguntas**
II: Isidro Ferrer
Media Vaca 2006

A parte de las tradiciones, es un error centrar la enseñanza de la lectura en la oralización. Está claro que el aprendiz debe adquirir la correspondencia entre sonido y forma en una primera fase, o que tiene que desarrollar “conciencia fonológica”... pero el énfasis debe ponerse en la comprensión. Lo relevante es atribuir significado al texto, relacionarlo con nuestro mundo y con lo que ya sabemos. ¡No confundamos la oralización con la comprensión! No tomemos el medio por el fin...

Sin duda es más fácil enseñar a oralizar que enseñar a comprender. Es más fácil lo mecánico que lo estratégico: enseñar la correspondencia sonido-grafía o incluso la entonación –que tampoco son moco de pavo...– frente a enseñar a hacer hipótesis, a elaborar inferencias sobre lo que se insinúa, a tener control metacognitivo sobre todo el proceso o a darse cuenta de cuándo no se entiende algo. Quizá sea más complejo enseñar estos últimos procesos cognitivos, pero está claro que son efectivamente más relevantes para la comprensión.

Hoy no hay razón para seguir haciéndolo así, para enseñar a leer como aprendí yo. Del mismo modo que hoy los puentes y las carre-



➤ **Crea tu circo**
Il: Isidro Ferrer
Imaginarium 2001

teras utilizan los materiales más ecológicos y seguros, y que los médicos prescriben los fármacos más modernos y eficaces, la escuela debe enseñar a leer de acuerdo con las teorías científicas más modernas. No puede ser una excusa que los maestros nos formamos en otras teorías y prácticas: todos estamos obligados a actualizarnos y a dar a la comunidad lo mejor.

El poder mediador

Quizá la razón fundamental de que se abuse de la lectura en voz alta sea las situaciones descritas en el punto número 4. Es cierto que la escritura ha ganado autonomía, que leemos en silencio, que existen recursos escritos que no tienen equivalencia en la oralidad (signos de puntuación, ciertas

estructuras gráficas). Pero la escritura sigue siendo un código secundario, derivado del habla. A cada letra o dígrafo le corresponde un sonido (en la escritura alfabética) y esto permite que la oralización sea una poderosa herramienta mediadora: acabamos dando sentido a la prosa cuando le devolvemos su vestido acústico.

Oralizar un escrito es un buen ejercicio para practicar la equivalencia sonido-grafía y la mecánica lingüística. Es también un procedimiento útil y sencillo para “observar” la capacidad lectora del aprendiz. ¿De qué otro modo podríamos “acceder” a la mente del lector para verificar cómo procesa el escrito? Al escuchar cómo alguien dice un texto, averiguamos si el lector lo procesa correctamente o no, si reconoce la sintaxis y las palabras, si ataca la entonación de modo conveniente, etc. Luego, claro, podemos ayudarlo a hacerlo mejor, si es el caso. Pero de aquí a construir significado todavía hay un buen trecho.

También hay inconvenientes: la oralización nos amarra al hilo lingüístico, nos obliga a leer como si estuviéramos desenrollando una alfombra larga, paso a paso. No podemos saltarnos palabras, pararnos ni retroceder o releer varias veces un fragmento. Leer en voz alta infunde la idea de que debemos procesar palabra por palabra, todas las palabras, de izquierda a derecha y de arriba abajo (en las lenguas occidentales)... ¡lo cual es falso!

Si en clase sólo se lee en voz alta, o si ésta es la práctica más corriente, corremos el riesgo de marginar el componente comprensivo e

interpretativo de la lectura. Los chicos acaban pensando que leer es decir el escrito en voz alta. Otra cosa es que utilicemos las propiedades mediadoras de la oralización para objetivos específicos: para facilitar la comprensión en momentos puntuales, para evaluar la entonación, para dar sentido a fragmentos complejos, para enseñar al aprendiz a procesar la prosa. En contextos educativos puntuales, la oralización es una técnica sencilla, eficaz y resolutive.

Buenas y malas lecturas

Los recuerdos número 2 y 5 son prácticas educativas. La segunda ocurre en clase y es un buen ejemplo de lo que no habría que hacer nunca: una lectura egocéntrica, elegida por el maestro y sin interés para los chicos, sin ningún tipo de participación. Aunque haya intenciones loables, aunque sea un lector profesional, aunque sea un monumento de la literatura medieval, ¡no está garantizado el interés del lector! Ni su comprensión, ni su motivación. ¡Y qué devastadores son los efectos de esta práctica!, si se va repitiendo... Los chicos se aburren, se evaden, se alienan. Creen que leer es eso: que no es para ellos.

El ejemplo número 5 es más atractivo. Ocurre en casa y es mucho más formativo. Quizá sea también el adulto quien elige los cuentos, quien dirige la actividad, quien carga con el peso de la práctica, pero los aprendices tienen una actitud muy diferente. Disfrutan. Hay espacios para participar. Leer deja de ser algo meramente discursivo o pasivo: pasa a ser una conversación a tres, entre el cuento (el autor), el lector adulto y el niño aprendiz. Leer se convierte en una escenificación, en un juego, en algo más cercano a la experiencia previa del niño.

Sin duda existen muchos contextos de lectura en voz alta. Evitemos simplificarlos o uniformarlos. Nadie se imagina a un sacerdote leyendo las sagradas escrituras como yo leía cuentos a mis ahijados... Tampoco podemos esperar de los alumnos de primaria o secundaria los conocimientos, la motivación o las habilidades que poseen los feligreses en la iglesia.

Leer en voz alta es también una negociación. El lector oralizador se adapta a la audiencia, busca su implicación, su complicidad, su participación. Elige los textos para ella, los interpreta para ella. Aprovecha la entonación, la expresión facial, la gestualidad, el ritmo, para construir un significado para ella. En muchas situaciones, incluso puede acotar el texto, añadir comentarios, hacer pausas, introducir preguntas. El lector se apodera del texto para acomodarlo a sus destinatarios y a su mundo.

Para los niños, la lectura en voz alta es el primer contacto con el discurso sostenido, con la narración monologada, descontextualizada... ¡Qué diferente del diálogo cotidiano! En la cama, fijándose en las ilustraciones, siguiendo mi voz, mis ahijados eran "lectores". Asumían el rol de "lector" en una práctica letrada.

Para el adulto lector, hay que saber adoptar ese rol de "mediador" o "intérprete". ¡No es fácil! No basta con tener fluidez o corrección para procesar el léxico o la sintaxis. Tampoco basta una buena voz. La buena lectura es un tipo de actuación, casi de representación teatral. Requiere preparación, ensayo, búsqueda de recursos acústicos: entonaciones, tonos, ritmos, silencios, preguntas para la audiencia... Para nada es algo sencillo, automático o improvisado.

Muchos niños también empiezan así a familiarizarse con el objeto "libro": con sus componentes, sus páginas, las letras, los párrafos y las imágenes... Así comienzan a leer mucho antes de conocer al abecedario. Porque leer es bastante más que procesar el escrito.

Una situación comunicativa

Los ejemplos del número 6 no son escasos ni raros. El día a día ofrece muchos contextos para oralizar escritos. A veces un público amplio escucha un rapsoda profesional que interpreta poemas, un orador en un mitin político, un científico en un congreso, una magistrada en un juicio o un presentador en un festival. A veces, todos los presentes tienen su propio ejemplar escrito ante sus ojos, en una reunión, pero sigue siendo necesario que alguien diga en voz alta un fragmento para discutirlo y tomar una decisión. A veces estamos a cientos de kilómetros, pero nos leemos textos por teléfono o a través de Internet.

En todas estas situaciones la lectura en voz alta desempeña funciones comunicativas, con interlocutores de carne y hueso, propósitos auténticos y circunstancias variopintas. Leer aquí es un asunto serio, que va mucho más allá de la "corrección" escolar. No basta con poner los acentos o ser fluido: hay que interpretar el original con pasión, justicia, frialdad, respeto o precisión, según los casos. El oralizador construye sentido, orienta la interpretación, guía a la audiencia.

Sabemos que ningún escrito tiene una única interpretación. La lectura en voz alta "ejecuta" el texto en muchas y variadas situaciones, construyendo sentidos múltiples. Contra el criterio escolar "correcto / incorrecto", que simplifica e incluso engaña, resulta mucho más sensato y real un criterio de "apropiado /

inapropiado”, u otro de “coherente / discordante”, “con sentido / sin sentido”, etc. Al leer un escrito, el lector siempre aporta matices y significados que no están marcados explícitamente en la prosa; lo importante es si estos matices contribuyen a dar sentido al texto.

Por supuesto, aprender a desarrollar estas prácticas letradas, a oralar los escritos del modo que se hace convencionalmente en la comunidad, es un objetivo pedagógico. En un planteamiento didáctico moderno, es lícito que incluyamos estas prácticas de lectura entre el tipo de conductas comunicativas que se enseñan. Y fijémonos que ya no se trata sólo de lectura: estamos pisando la frontera entre la lectura y la expresión oral. De hecho, algunos manuales incluyen la lectura en voz alta entre los ejercicios de expresión oral formal.

Técnica pedagógica

Dejo para el final la situación número 3, que es la más didáctica, la que sólo ocurre en la escuela –en una época en la que desaparecen secretarios y taquígrafos–. Leer en voz alta también es una técnica pedagógica, un ejercicio de transferencia entre códigos, un canal para transmitir datos, una forma particular de interacción verbal entre dos o más hablantes, una herramienta para controlar la calidad lingüística. El dictado quizá sea la práctica escolar más prototípica en este sentido, pero no es la única.

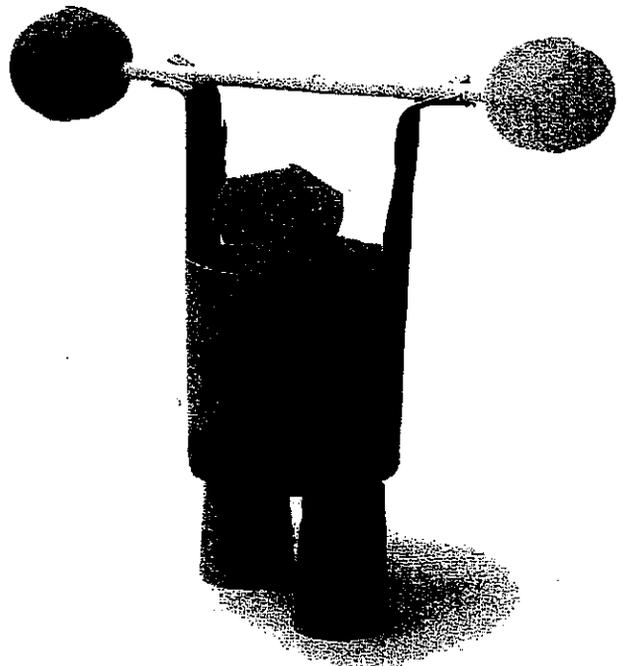
✧ **Crea tu circo**

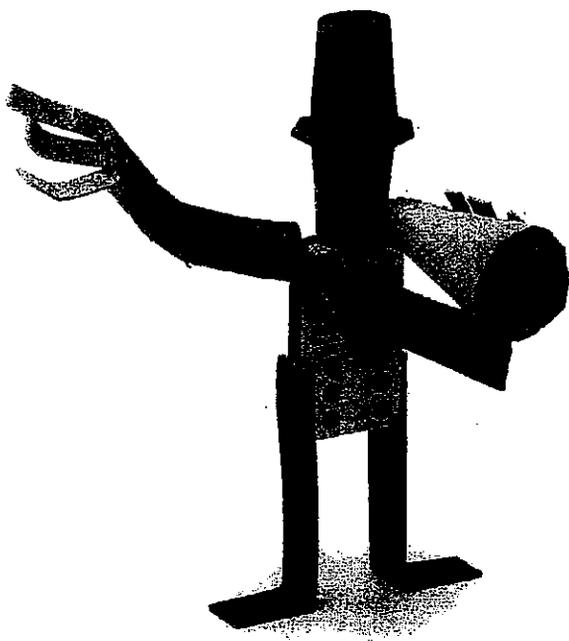
II: Isidro Ferrer

Imaginarium 2001

En España el dictado tiene una importante tradición, ¡y estigmatización! Sería muy acertado que una película histórica sobre el tardofranquismo que quisiera retratar el ambiente de las escuelas recurriera a la situación del alumno con pantalón corto que anota en el pizarrón lo que dicta su maestro, del mismo modo que Louis Malle retrató a la perfección, en *Au revoir les enfants*, la escuela francesa de la segunda guerra mundial, con escenas de niños escribiendo su *composition* y de maestros comentándolas en público.

En efecto, la lectura en voz alta y el dictado se prestan como recursos didácticos potentes y efectivos para crear situaciones de uso real de la lengua. Pero conviene distinguir varios roles y elementos:





1. El lector u oralizador. A veces el docente se reserva para sí este rol más activo... ¿Por qué? No hay motivo. El aprendiz puede leer al resto de la clase unas instrucciones, una noticia o un poema. También podemos formar parejas y grupos para multiplicar las oportunidades de oralizar a destinatarios reales.

Sin duda, el “peso de la audiencia” actúa como motivación contundente. Al saberse observado por una audiencia, el lector presta más atención a la tarea... Es mucho más relevante leer bien, de modo comprensivo, para que los compañeros puedan entender. Seguramente este rol posee un gran potencial de aprendizaje.

2. El receptor espectador. Parece un rol pasivo, fácil, sin problemas. Para nada: escuchar también tiene sus dificultades. Algunos textos exigen estrategias de comprensión bastante sofisticadas. Ni las palabras ni el sentido fluyen directamente al oído y a la mente: hay que recuperarlos, relacionarlos entre sí, construir un significado. El buen “escuchador” debe mantener la atención, tener buen oído, identificar lo más relevante del discurso, inferir lo que no se dice, recordar lo que se dijo mientras se presta atención a lo que se está diciendo...

⤴ **Crea tu circo**

Il: Isidro Ferrer
Imaginarium 2001

Es un gran error creer que los alumnos ya saben escuchar. Quizá puedan participar en conversaciones corrientes y entender a los interlocutores sin problema. Quizá tengan experiencia con cuentacuentos y lecturas breves de historias... Pero ¡qué diferente es una exposición académica!, ¡un razonamiento científico!, ¡una crónica histórica! Es una prosa monologada, especializada, alejada del habla cotidiana. Hay que ayudar a los alumnos a posicionarse ante estos textos, a extraer las ideas principales, a construir su interpretación.

Para ello podemos organizar didácticamente la tarea de escuchar: limitar lo que se lee a un tiempo razonable, presentar el texto con antelación, plantear tareas de activación del conocimiento previo, dar instrucciones previas y precisas (busca la idea principal, identifica tres argumentos, adivina quién escribió el texto, etc.). También es bueno leer varias veces el texto, dar oportunidades a los chicos para que comparen sus ideas con los compañeros, etc.

3. El texto. Existen tantos tipos de lectura en voz alta como discursos... Algunos escritos se crearon expresamente para ser orali-

zados y escuchados pero otros se escribieron para ser leídos en silencio –y luego los tomamos para oralizarlos–. Algunos incluyen varias voces y las marcan con signos de puntuación (guiones, comillas) que no siempre pueden ser reproducidos en la oralidad: obligan al oralizador a simular tonos y timbres variados y a la audiencia a imaginar sus posibles sentidos. Otros textos reproducen el pensamiento interior del protagonista, confuso o inconexo. ¡Qué difícil es oralizar algo que fue escrito sólo para ser leído! A veces leemos sólo un fragmento y la oralización forma parte de una tarea más compleja, con otros objetivos, como corregir un escrito o resolver tareas de clase. Sin duda, cada texto impone sus propias exigencias a la tarea.

4. Las condiciones. Todavía hay más variables: podemos ser fieles a un escrito o introducir cambios, añadiendo comentarios, saltándonos algún fragmento o incluso parodiándolo o escarneciéndolo. Podemos modificar el ritmo y la velocidad de la oralización, repetir varias veces algunas palabras o jugar con el silencio y los sonidos paraverbales. A veces, la audiencia puede seguir la lectura con una copia escrita del texto, y a veces no. En algunas ocasiones lector y audiencia comparten lugar y tiempo, pero no siempre. Cada una de estas variables altera la situación de lectura, creando formas particulares e irrepetibles de leer y escuchar.

Las técnicas didácticas de la lectura –y del dictado– se basan en parte en la combinación de estos roles y variables. Podemos organizar la tarea por parejas, en grupos pequeños o con toda la clase. Podemos leer por placer, como ejercicio intensivo de comprensión, como una práctica habitual de acceso a informaciones, etc. Podemos insistir en buscar la literalidad del escrito al oralizarlo, pero también podemos jugar creativamente a decir lo contrario de lo escrito, a buscar antónimos u opuestos, a leerlo del revés, a añadir aportaciones personales, etc.

Epílogo

Regresemos al principio. ¿Qué pienso de la lectura en voz alta? Pues todo lo anterior... Sin duda se trata de una actividad comunicativa, interesante, provechosa. Un buen lector puede hacer reír o llorar a su audiencia, que vivirá la lectura con intensidad y emoción. Un buen docente puede transponerla al aula y crear excelentes oportunidades para aprender y gozar. Pero no todas las prácticas lectoras que hemos heredado son provechosas: conviene cuestionarse lo que hacemos por tradición, acriticamente, y rechazar lo que no sea relevante.

Quizá podría resumirse lo dicho en unos pocos principios:

- Pon énfasis en el significado, en la comprensión, en la interpretación. Que la corrección, la precisión o la mecánica oralizadora sean sólo medios para incrementar la comprensión.

- Practica todos los roles y todas las variantes de la lectura en voz alta. Organiza la clase para que los aprendices puedan experimentar también todas esas posibilidades. La lectura será así más rica y versátil.

- Comparte con los aprendices las decisiones sobre lo que se lee, cuándo y cómo. Déjales aportar sus textos, elegir los roles que quieren asumir, expresar sus emociones ante la lectura. Ayúdales a crear una comunidad de lectores que comparten sus escritos preferidos y sus emociones al escucharlos.

Y esperemos que las nuevas generaciones tengan una historia personal con la lectura en voz alta con muchas más luces que sombras que la mía. ¡Así sea!

#

